

29 de octubre de 1950

Sr. D. José M^e Doussinague
Embajada de España
SANTIAGO DE CHILE

Mi distinguido amigo:

Recibí hace unos días su amable carta del 18 de agosto pasado, junto con un ejemplar de su libro "La política exterior de España en el siglo XVI"; todo lo cual le agradezco vivamente.

Quería dar a mi respuesta la amplitud que sus comentarios a mi artículo exigen. Por esta razón he ido dando una respuesta que no responde tanto sus cariñosas palabras, cuanto la importancia del tema que nos afecta mutuamente: la figura del Rey Católico. Excesivas ocupaciones me han ido reteniendo, y como es posible que eso continúe aún algunos meses -clases, investigaciones, compromisos editoriales-, no quiero detener más mi acaese de recibo y mi impresión -siempre breve- sobre el argumento de fondo de su aludida carta.

Desde luego, estoy de acuerdo con Ud. en que la personalidad de Fernando el Católico no recibe por parte de los españoles el debido tributo de admiración que Ud. solicita para su actuación histórica exterior. Le diré más: estoy convencido de que ha sido el "único" político que verdaderamente ha tenido España desde cinco siglos a esta parte. Quizás algún día llegue al término de mis trabajos y pueda presentar un cuadro completo de su actuación en el aspecto de su obra cotidiana de gobierno. Entonces se asistirá a una revelación verdadera y sorprendente, no le queda duda. En ambos sentidos, pues, don Fernando merece cuantos esfuerzos se realicen para casar su personalidad. Nada de lo que Ud. afirma en sus libros y en su carta puede a mí causarme sorpresa. Sólo celebro que un hombre de su competencia en el terreno diplomático nos haya ayudado a todos a calibrar exactamente la ideología internacional del Rey Católico, dándonos argumentos para rebar rotundamente lo que ya intuíamos: la repercusión secular de los directrices políticas de Don Fernando como verdadero fundador del gran edificio de la Monarquía Hispánica. Y perdone el rei-

terado uso de verdadero que vengo haciendo en ese casi precipitado escribir.

Pero, con todo, estimo que debemos ser leales con nosotros mismos, con nuestro país y con don Fernando. Hay quien cultiva, por idiosincrasia personal o por el signo de los tiempos, un barroquismo histórico-literario que no puede durar y que no dejará huella en el futuro. Sólo permanecerán las obras sinceras. Tal es mi criterio, al que me atengo. En consecuencia, mi prevención respecto a su última obra, en la que veo "transfigurarse" a don Fernando, obedece a un sano principio historiográfico. Ese rey no tiene necesidad de panegiristas, sino de relatores de su obra y vida. Su personalidad ha sido tan tergiversada por tirios y troyanos, que sólo una humilde sujeción a la autenticidad de los hechos puede devolverle la prístina significación epéica que todos deseamos. Y tanto más cuanto en el inminente Centenario, los ditirambos nos ahogarán a todos y volverán a tender una tupida red sobre nuestro personaje. La experiencia me demuestra que este rumbo es contraproducente. El "Ferrau II", con la absoluta realidad de su gestación, ha hecho más por la reivindicación del Rey Católico en Cataluña que centenares de artículos y monografías altisonantes.

Por donde puede verse que, sosteniendo ambos el mismo fin, pretendemos llegar al mismo por caminos quizás distintos. Y si siguiendo el consejo, Fernando el Católico permaneciera ignorado de las múltiples, siempre sería para los indiciados el resorte epéico de nuestra Historia Moderna.

De complase en saludarle afectuosamente y en desearle todo género de prosperidades en el desempeño de su misión diplomática y en el cultivo de la historiografía fernandina,

s/o Santaló, 130. Barcelona

o Universidad, Cátedra de Historia Moderna.